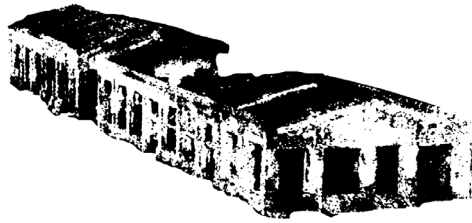


VISITA INESPERADA



Susana Jódar

Título: Visita inesperada
Autor: Susana Jódar Ruiz©
Edición: HiFer Editor
Impresión: HiFer Artes Gráficas - www.hifer.com
ISBN: 978-84-17130-90-9
Dep. Legal: AS-02695-2018



www.elsastredeloslibros.es

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni su préstamo o alquiler o cualquiera otra forma de cesión de uso del ejemplar, sin permiso previo y por escrito del titular del Copyright.

© Inscrita en el Registro General de la Propiedad Intelectual de Asturias (Pendiente de número).

*Para todos los que habéis formado parte
de esta larga aventura, y para ti, que lo
sostienes en tus manos a punto de darme
una oportunidad.*

CAPÍTULO 1

Domingo 12 de mayo

Sentada en el sillón como cada tarde, su mente se perdía en historias del pasado y se dejaba llevar, cada vez con menos fuerzas. Lo único que le hacía seguir adelante era el pensamiento de que cada día que pasaba se convertía en uno menos de pesadilla. La vida de Cristina se derrumbaba por momentos. Algunas veces los recuerdos atormentaban su mente y ocupaban las horas y el tiempo pasaba sin que apenas lo notase. En cambio otras, como aquella, el silencio la invadía y sentía que la soledad la golpeaba como un puño.

El sol de mayo se intentaba colar entre las gruesas cortinas del desordenado salón y lo llenaba todo de sombras, pero ya estaba acostumbrada a convivir con ellas. Vivía de noche o en la oscuridad sin interés en mirar el reloj, acumulando colillas en el cenicero y sin más rutina que sentarse en el sillón a perder la mirada en el vacío. Al lado del sillón tenía una pequeña cesta de mimbre con restos de ovillos, que cuando se ahogaba en sus propios pensamientos, utilizaba como vía de escape acompañándose de algún programa de telebasura que invadiera el silencio.

Cristina, en sus cincuenta y cuatro años, nunca había necesitado trabajar y las labores de costura y jardinería siempre la habían llenado lo suficiente para no buscar un trabajo que implicase alejarse de sus aficiones favoritas. Eso y las historias de Nicolás, que hacían que el tiempo se parase. Al llegar a casa compartía las novedades en los distintos casos y Cristina escuchaba intrigada, sin parpadear, los avances, las sospechas y los callejones sin salida. La novela negra y las series policíacas siempre

habían sido su pasión, así que dejaba volar su imaginación en busca de nuevas teorías o salidas a los interrogantes de su marido aplicando la forma de pensar de Harry Bosch.

En ese momento ya no tenía ganas ni imaginación para pensar en historias, solo hacía labores de costura cuando sentía la necesidad de ocupar su mente y había descuidado por completo su jardín, que se marchitaba a pasos agigantados. Aunque a veces perdía su mirada en él, era incapaz de reunir las fuerzas para levantarse y conservarlo, pensando que no podía tener una responsabilidad si apenas era capaz de mantenerse en pie.

La idílica vida de Cristina se había truncado hacía poco más de un mes, cuando Tomás, un veterano policía con enorme bigote como sacado de una película ochentera, llamó a su puerta. Al verle, a Cristina no le hizo falta ni preguntar, Nicolás había muerto. Siendo mujer de un detective privado, vivía en cierta parte preparada para eso, cada noche respiraba aliviada al verle entrar en casa y una sensación de angustia invadía su calma cuando partía tras el desayuno. Lo que Cristina no podía esperar era que Tomás trajese la noticia de un accidente de tráfico. Los puños se le agarrotaron de impotencia mientras su visión se nublaba con las primeras lágrimas: tantas historias de arreglos de cuentas, tanto contacto con mala gente, llegando a infiltrarse en varias ocasiones, tantas noches en vela de servicio, ... para que todo terminase con un accidente de tráfico.

Durante las dos primeras semanas el odio recorrió su cuerpo, maldecía constantemente al conductor del camión que había matado a su marido, a los transportistas, a su falta de horas de sueño, a las grandes marcas que les obligaban a no descansar lo suficiente, ... Pero con el paso de los días fue desistiendo a la vez que sus fuerzas flaqueaban, y no quiso seguir rompiéndose por dentro al desearle el mal a alguien que ya estaba muerto.

El conductor del camión había sobrevivido al choque y entrado en la ambulancia en estado muy grave, con grandes lesiones y cortes, pero no consiguieron que llegase vivo al hospital. Había muerto de camino, después de articular un débil “lo siento”, según le había contado Tomás

ese día sentado en el mismo sillón donde ella tejía cada día, mientras le escuchaba como a miles de kilómetros de distancia.

Desde la muerte de Nicolás, a Cristina no le quedaba ni una sola chispa de lo que había sido. Su expresiva mirada parecía haberse apagado para siempre.

Lunes 13 de mayo

La noche del trece de mayo volvió a tener pesadillas, se despertó sobresaltada y cubierta de sudor, tras haber evitado el camión que venía de frente. Se incorporó despacio y con paso apagado fue al servicio para aclararse la cara. Al ver su propio reflejo rápidamente apartó la mirada, se asustaba de si misma y sentía tristeza. Volvió a fijar la mirada en el espejo mientras se colocaba el pelo tras la oreja, sus ojeras, su palidez, y la enorme raíz por falta de tinte en su cabeza reflejaban otra persona distinta de la que siempre había sido.

No tenía consciencia de las horas, se quedaba dormida a ratos y otras veces padecía insomnio. Vivía entre el sofá y la cama, y con la casa en completa oscuridad. Con el mismo paso lento bajó las escaleras, se sentó frente a la muerta chimenea y, acurrucada, con la vista clavada en ella, recordó que le había prometido a su hermana Ana llamarla si volvía a tener pesadillas. De inmediato desestimó la idea, consciente de que su hermana cerraría la floristería en Avilés y se instalaría a pasar una temporada con ella, preocupándose de que volviese a estar mejor.

Quería a su hermana muchísimo y estaban realmente unidas, la poca diferencia de edad entre ambas había hecho que creciesen siendo además amigas y tuviesen un vínculo muy fuerte, pero Cristina se encontraba en un momento en el que prefería perderse en el silencio, no preocuparse de recoger la casa y aborrecía la idea de compartir espacio con alguien.

Habían crecido sin madre, pues había muerto tras el nacimiento de Cristina. Ana, que solo tenía tres años más que ella, no tenía ningún recuerdo y su padre había sufrido tanto que nunca había sido capaz de afrontar la conversación sobre su muerte. Cristina siempre había sentido parte de culpa, y pasó años lamentando que si su padre no les había

contado la historia completa no era más que una manera de confirmar su culpabilidad. Muchas veces de pequeñas echaron en falta la figura materna para compartir sus secretos y encontrar un lugar para acudir, pero las dos reconocían que su padre había hecho un gran trabajo para mantener un hogar unido mientras trabajaba más horas de las que pasaba en casa.

Ana la visitaba cada lunes y jueves sobre las cuatro, y preocupada le llenaba la nevera, hacía preguntas o le contaba las noticias de actualidad, pues sabía que estaba totalmente desinformada. Además le llevaba paquetes de tabaco, la única cosa sin la que Cristina no podía vivir en ese momento. No se preocupaba de comer y bebía sólo cuando el cuerpo se lo pedía, pero sentir el humo invadiendo sus pulmones cuando su alma se rompía de llorar, era la única necesidad real que tenía. Las únicas novedades que ella tenía para ofrecerle a cambio a Ana, eran los avances en el gorro de su nieto, y fingiendo emoción, le contaba que necesitaba nuevos colores de ovillos, intentando que su hermana creyese que mejoraban sus ánimos. A menudo, mientras Ana hablaba, su mente se perdía en otros recuerdos del pasado, pero aunque en ocasiones pensar que su hermana la visitase le podía dar pereza, en el fondo lo agradecía. Eran tres horas en las que se distraía más fácilmente y la compañía, en pequeñas dosis, la reavivaba.

El pueblo donde vivía, Luanco, era una villa marinera, apenas a treinta minutos de Oviedo, una gran ciudad con universidad y mucho comercio, y aunque la mayoría de los días cuando Nicolás vivía los pasaban allí, Cristina siempre se había sentido de pueblo. Cuando había dejado Asturias para empezar una nueva vida en Madrid, contaba anécdotas, nostálgica, y toda la gente a su alrededor valoraba lo orgullosa que se mostraba de ser de un pueblo pequeño.

Al poco de cumplir los veinte, Cristina había dejado la casa familiar para trasladarse a Madrid y finalizar allí sus estudios de filología hispánica. Vivía de los ingresos de su padre, propietario de la única fábrica de conservas de la costa de Asturias, y proclamaba por donde pisase el amor por su localidad natal. Siempre buscaba regresar, por temporadas

largas o incluso solo para fines de semana, y con la primera visita de Nicolás consiguió que él también se enamorase del norte.

Al poco de morir su padre de un terrible cáncer, Cristina y Ana debían tomar una decisión y, aunque apenadas, decidieron vender la fábrica por una de las desorbitadas ofertas de multinacionales que habían recibido, conscientes de que no podrían sacarla adelante. En cuanto a la casa familiar, no habían tenido ninguna duda. Ana ya vivía en Avilés, pero era un lugar de reunión y un baúl de recuerdos del que no querían deshacerse.

Hacía casi nueve años que Cristina y Nicolás se habían trasladado a vivir a Luanco, un paso que no les había costado mucho dar. Aún sabiendo que en Asturias no había mucho trabajo para Nicolás, se informaron de que tampoco había mucha competencia, y acordaron que él aceptaría trabajos en otras comunidades autónomas mientras no tuviese que pasar muchas noches fuera de casa, donde decía que realmente estaba su inspiración.

La casa, aunque tenía grandes estancias y mobiliario muy antiguo, resultaba acogedora y aportaba la paz necesaria de la que no se puede gozar viviendo en una gran ciudad, además del jardín que siempre se había mantenido perfecto y donde se podía aliviar cualquier problema perdiéndose entre sus colores y perfumes. Todos los rincones estaban llenos de recuerdos de su infancia y Cristina se alegraba cada día de haber tomado la decisión de volver.

Ana llegó puntual, con la sonrisa y el ánimo que a su hermana le faltaba. Mientras descargaba las bolsas y llenaba la nevera, contaba cómo le había ido la semana, las historias de su nieto Gus y lo preocupada que estaba por Iván, su hijo menor, que con sus veintiséis años no tenía ningún interés en centrarse del todo. Iván no era un chico muy problemático, algo que Ana repetía constantemente cuando le nombraba, con más intención de convencerse a ella misma que a quien escuchase, pero en lo referente al tema de estudios, no tenía constancia ni responsabilidad. Se había matriculado en económicas queriendo seguir los pasos de su padre y de su hermana, teniendo la esperanza de que su padre le encontrase un trabajo y contando con un futuro asegurado, así que no

estaba tomándose con mucha prisa acabar su formación. Ana se preocupaba de sus exámenes y sus horarios, y aunque muchas veces sus conversaciones prosperaban, siempre llegaba algún que otro suspenso que los desmotivaba a los dos. Durante los últimos veranos había trabajado como repartidor de la marca de bebidas en la que trabajaba Adolfo, su padre, y gracias a que él había mediado por ello pero en cuanto llegaba septiembre y se reanudaban las clases Ana intentaba, sin mucho éxito, que ese año fuese el definitivo.

Aunque ya no vivía en Luanco, Ana seguía teniendo algunas amigas en el pueblo así que llenaba las tardes de Cristina con historias, o le llevaba revistas del corazón intentando que pensase en cualquier otra cosa. Hablaba sin parar, mientras recogía la casa o llenaba la nevera.

—He pensando en contratar un jardinero, Tina. Lo cierto es que ya le he llamado. —Ni siquiera hizo una pausa, queriendo evitar la negativa de su hermana—. Supongo que prefieres estar sola, pero es bastante deprimente el estado del jardín. Estamos en primavera, y nuestra parcela siempre ha sido la más bonita. Puede que hasta te saque una sonrisa sentarte en el porche y ver cómo las flores vuelven a crecer y a brillar con los rayos de sol.

Cristina observaba cómo su hermana danzaba de punto a punto de la casa, hablando como a kilómetros de distancia. Pensó en toda la vida juntas, y en la relación tan sana que habían tenido, ya que nunca, hasta ese preciso momento, Cristina la había envidiado.

Ana estaba separada, pero era realmente feliz. Se había casado con Adolfo demasiado joven, soñando que vivían en un cuento. Por aquel entonces, Adolfo ya tenía un puesto como asesor en la multinacional de bebidas alcohólicas y se pasaba los días de un lado a otro. Los primeros años de matrimonio, Ana le acompañaba y conocieron casi toda Europa, pero con el paso del tiempo y cuando se aventuraron a formar una familia, fueron sintiendo la emoción desvanecerse. Creyeron que al tener el segundo bebé las cosas mejorarían, pero con un padre ausente y una madre al cargo de todo, a base de discusiones y decepciones, las cosas se enfriaron. Tuvieron una ruptura amistosa, por el bien de los niños, que apenas tenían nueve y siete años por aquel entonces.

Desde que los chicos habían crecido, Adolfo les visitaba mucho menos. Sólo cuando le coincidía una estancia en Madrid o Barcelona más de una semana se acercaba por Asturias. Ana y él tenían muy buena relación, incluso le aconsejaba con sus nuevas parejas, que apenas le duraban un mes y eran, por descontado, mucho más jóvenes que él.

La vida para Ana seguía una rutina casi fija, pero realmente le gustaba su trabajo, y cuando surgía algún evento y tenía que preparar todas las flores, Ana desbordaba alegría. Sus únicos problemas eran con Iván, el menor de sus hijos, pero Cristina a menudo pensaba que exageraba y se compadecía de él, pues conocía el carácter controlador e insistente de su hermana.

Ruth, la mayor, era completamente opuesta a Iván. Durante la carrera había sido una estudiante ejemplar, y al terminar económicas encontró un buen trabajo en una cadena hotelera junto a su novio de toda la vida, Gustavo. Los dos trabajaban en el hotel Miraolas de Salinas, así que, como Ana, vivían en Avilés. Al poco de terminar la Universidad habían reclutado a Ruth en un programa de prácticas y ese era su cuarto año en plantilla. El hotel formaba parte de una cadena nacional y los administrativos tenían por lo tanto bastante trabajo, haciendo que los jefes de Ruth valorasen su responsabilidad y compromiso, lo que se había traducido en ascensos, y al poco de cumplir los dos años en la empresa, cuando buscaban un puesto para la recepción, habían aceptado su propuesta para darle una oportunidad a Gustavo. El marido de Ruth era sociable y con don de gentes, algo que sin duda servía para la recepción de un hotel y que en su día había conquistado a Ana para darle el visto bueno.

Ana muchas veces se sentía abrumada y echaba de menos a su hija mayor en casa. Ruth era responsable en las tareas del hogar, ayudaba y se entendía con Iván mucho mejor. No hacía todavía un año que Ruth y Gustavo habían tenido a Gus, y aunque tenían una niñera, Ana pasaba muchas mañanas cuidando del bebé. Desde que Nicolás había muerto, Cristina no había reunido las fuerzas para ir a ver al pequeño. No soportaba pensar en el ciclo de la vida, le provocaba una fuerte sensación de

angustia la alegría que transmite un recién nacido que viene al mundo para enfrentarse a tantos desastres.

Sintió la voz de Ana más cerca y se incorporó en el sillón simulando atención, fingiendo no llevar perdida en sus pensamientos al menos una hora. Le propuso fumar un cigarrillo en el columpio del porche y, mientras su triste mirada se clavaba en el vacío, acurrucó su cabeza en el hombro de su hermana, sintiéndose en paz.

Los días que Ana la visitaba le costaba menos dormir por la noche y se acostaba más cansada porque eran los únicos dos días a la semana en los que interactuaba con otras personas.